

MIEDO A LA LIBERTAD

TRAS los comunicados, editoriales y notas de protesta que han inundado Euskadi, aparece un mismo hilo conductor que recorre los trágicos escenarios de la semana vasca. Frustraciones, irracionalidad y, en el fondo, un profundo temor a la libertad han sido compartidos por las temblorosas manos que el miércoles 5 colocaron el paquete de goma-2 en la Redacción del semanario "Punto y Hora de Euskal Herría", por las que apretaron el gatillo que en Andoain segó la joven vida del taxista David Salvador Bernardo y por los que en Guernica empuñaban las metralletas que acabaron con Angel Rivera Navarrón, Antonlo Hernández Hernández y Augusto Unzeta-Barrenechea.

Partidos políticos y medios de información están de acuerdo, de forma más o menos explícita, en que más allá de las siglas el terrorismo coincide en el método, en el recurso a la muerte como única vía para resolver los problemas políticos. Convergen también los partidarios de la violencia en el planteamiento de que sólo la agudización de las contradicciones conduce a los cambios y por ello no dudan en abrir las numerosas heridas que décadas de violencia institucionalizada han infringido al cuerpo social del país. Por muy diferenciados que aparezcan sus objetivos, los terroristas confluyen en una visión utopizada de las relaciones humanas, ya sea ubicándolas en un pasado imposible o en un futuro irreal. Muestran el mismo desprecio hacia los sentimientos y aspiraciones de la inmensa mayoría de la población, erigiéndose en vengadores justicieros. Y lo que es más grave, independientemente de sus intenciones alimentan los caldos de cultivo de la camada de conspiradores que claman por un Pinochet.

Desde un prisma ético se han repetido en numerosas ocasiones que el odio y la sangre no deben ser hechos que puedan considerarse como políticos. No puede haber distinción entre cadáveres y cadáveres, como si unos seres humanos fueran más asesinables que otros. Está claro que la violencia estructural, a veces la más terrible, genera violencia. Pero la respuesta no puede ser nuevas violencias, porque eso engendra la fatídica espiral sin salida alguna. El fin no justifica los medios. La crudeza de los propios hechos históricos es suficiente para demostrar que no es posible erigir ningún régimen de libertad sobre el caos y la violencia.

Los extremos del círculo

A lo largo de cuarenta años de amalgamas y de intoxicación propagandística se insistió machaconadamente en el "slogan" de "Los extremos que se juntan", cuando precisamente uno de los extremos

PERU ERROTETA

Pamplona, y la Alianza Apostólica Anticomunista, que se apadrinó del asesinato de Andoain, armando y pagando a hampones, y conchavadas con toda clase de nostálgicos, siguen empeñadas en demostrar que la libertad es inviable con el viejo truco fascista de crear el monstruo para luego clamar: ¡qué viene el monstruo!, y así,



El cuerpo sin vida del presidente de la Diputación de Vizcaya es introducido en una ambulancia.

detentaba el poder. La uniformidad autoritaria de la dictadura cerraba todos los cauces de expresión de una sociedad plural. Por eso, cuando estallaban los corsés se entendía como reacción a la insoportable violencia del cepo estructural. Hoy no son esas las condiciones. A veces, a traspiés y en duro aprendizaje, las fuerzas políticas y sociales de la democracia se organizan. La tarea es urgente y el momento quebradizo. De ahí que la militancia de bomba y metralleta, sea del signo que sea, acaba juntándose en sus extremos. Ya no es posible seguir recurriendo a sofismas teóricos para justificar los atentados, porque todos ellos van contra la libertad que está por conseguir. Las Jóvenes Escuadras-Brigadas Navarras que reivindicaron la explosión de

finalmente, justificar sus propias monstruosidades. Necesitan crear las cadenas de un salvador que las "molestias" de la democracia.

Por su parte, ETA, responsable de las muertes de Guernica, sigue justificando su acción afirmando que "aquí no ha cambiado nada", y en el fondo también necesita de la involución, como justificación política a sus métodos, a su historia y hasta a su propio status. Paseando por Bayona o San Juan de Luz no es difícil escuchar en boca de algunos refugiados que "es irreversible el retorno a la dictadura".

En medio de este círculo que se cierra en sus extremos y que hoy justifica la teoría de que pueden llegar a juntarse, se halla el pueblo. Citado por unos y otros,

ese pueblo se pronunció en las urnas y, cotidianamente, sigue dando prueba de que rechaza de plano una nueva guerra o cualquier cosa que se le aproxime.

La espada y el bisturí

A raíz del atentado contra "El Papsu" fue denunciado el distinto tratamiento que recibían por parte de los poderes públicos los "incontrolados" de extrema derecha y los integrantes de comandos izquierdistas o etarras. Si eso es verdad, en Cataluña y en toda España, en Euskadi se manifiesta aún de forma más flagrante. Crímenes como el de Normi Menchaka en Santurce han quedado en la más completa impunidad, al tiempo que menudean las agresiones por toda la geografía vasca. Esa tolerancia de los poderes públicos hacia lo que sólo es una prolongación del régimen anterior hace que una población hipersensibilizada desconfíe de la Administración y se incline a pensar que la balanza de la ley sigue pesando interesadamente del lado de la derecha.

Sin embargo, la tentación a una política de mano dura en el orden público tampoco sería capaz de erradicar la violencia del país. Los problemas son políticos y necesitan de una terapia política. Abordar urgente y unitariamente los desafíos más decisivos que plantea la actual coyuntura supondría un primer paso en la consolidación de la democracia y, por tanto, una reducción del espacio en que hoy campea la violencia.

En lo que a la extrema derecha se refiere, no es ningún secreto que, hoy por hoy, sigue contando con acusadas complicidades en un aparato de estado heredado del régimen anterior. No será labor de un día impregnar de ideología democrática toda una estructura de poder construida a lo largo de décadas, pero la propia supervivencia de las libertades exige una transparencia en la Administración y, en consecuencia, la superación de las maquinaciones que aún subyacen en nuestro tejido político.

De otro lado, la respuesta a la cuestión de ETA debe ser aún más si cabe una respuesta política en toda la línea. Por significativa, no está demás recordar la opinión de un jefe superior de Policía que, al abandonar su puesto en Bilbao, declaró que "ETA es un problema político y no policial". ETA es producto de la Historia y de las propias contradicciones del pueblo vasco. Hasta que no se demuestre lo contrario, no es un fenómeno importado o alimentado desde centros internacionales de conspiración. Años de violencia represiva ciega e indiscriminada han establecido lazos con "los chavales de ETA que se lo han jugado todo". Por simples razones humanas, algunos de los que hoy siguen empuñando las armas lo hacen en función de una mística de fidelidad a los que antes murieron. Los problemas que históricamente ha enfrentado Euskadi siguen aún pen-

dientes de resolución... Todo ello ha ido contribuyendo a enredar el ovillo de la política vasca hasta hacerla ininteligible para los foráneos y los propios autóctonos, peligrosa para sus mismos intereses nacionales y los de la democracia española y propicia a cualquier maquinación.

Por eso Euskadi necesita, hoy más que nunca, de la solidaridad de todos los países y regiones que conforman España y el Gobierno debe comprender que lo que Euskadi necesita es el bisturí y no las espadas.

De la complicidad a la autocrítica

La inercia de un fenómeno como el de ETA es enorme. Hay dirigentes de la izquierda vasca que durante algún tiempo mantuvieron la idea de que la lucha armada desaparecería con el clarear de la democracia y se equivocaron estrepitosamente. ETA no es solamente un grupo de jóvenes radicalizados. A lo largo de sus casi veinte años de historia se ha entretenido a su alrededor un entramado de emociones, simpatías e incluso jerarquías de valores muy difíciles de superar en meses o años. Y no basta con afirmar que la acción de Guernica no tiene nada que ver con la ETA histórica; conociendo aunque sea superficialmente la trayectoria del grupo armado es fácil comprobar que el atentado contra Unzueta y los guardias civiles es perfectamente coherente con ETA.

La base ideológica de ETA se sustenta en el nacionalismo sabiniiano y la extracción social de sus militantes no solamente coincide con los estamentos que históricamente se identificaron con el PNV, sino que en muchos casos son hijos de los "jelkides" (seguidores del lema peneuvista "Dios y leyes viejas"). Las tradiciones socialistas, los avances del marxismo y el ejemplo de las revoluciones y luchas de liberación nacional en el tercer mundo dieron origen al otro componente ideológico de la organización armada: el socialismo. Un socialismo recién descubierto por los jóvenes procedentes de la pequeña burguesía asalariada, un socialismo romántico en muchos casos. Y en esa dicotomía entre "nacional" y "social" ha oscilado la acción de ETA. El PNV siempre ha considerado a los "chicos de ETA" como algo muy próximo. Así, a la hora de trazar divisoria, los viejos "gentiles" siempre han situado a ETA entre los "abertzale" (patriotas), frente a los "españolistas". Y, por eso, a pesar de las malas relaciones que siempre han existido entre ambos movimientos y de la poca gracia que al PNV le hacía la etiqueta de socialismo que lucía ETA, siempre el nacionalismo histórico tuvo tendencia a arropar las acciones de los etarras.

Sin embargo, esas relaciones paterno-filiales entre el PNV y ETA, deterioradas ya desde la muerte de Angel Berazádi y otros acontecimientos similares, se hizo añicos el día 8 de septiembre pasado, cuando algunos miles de manifestantes, al grito de "ETA, estamos contigo", golpearon e insultaron a los parlamentarios. "A

partir de ahora —dijo entonces el diputado peneuvista Andoni Monforte—, nuestra estrategia se verá obligada a cambiar".

Por parte de la izquierda vasca también pudo detectarse una cierta simpatía a ETA, aunque las relaciones fueron mucho más frías y distantes. En un periodo, grupos como el PCE y el PSE (PSOE) pensaron que ETA podría evolucionar hacia una organización política de izquierda nacionalista, similar a la Acción Nacionalista Vasca de preguerra. Pronto esa ilusión quedó rota y a medida que se multiplicaron las acciones armadas la distancia fue haciéndose mayor. Esto no ocurrió con otros grupos situados a la izquierda del PCE. Algunos de ellos, como MCE y en parte LKI, surgidos al calor de la dinámica desatada por la organización armada, siguieron manteniendo la esperanza en una evolución, y así, ante el 15 de junio, no extrañó mucho que el Movimiento Comunista fuera en coalición con las fuerzas más próximas a ETA.

De todos modos, a pesar de la ruptura de baraja política con ETA y los grupos que apoyan su acción, un cordón umbilical ideológico sigue uniendo al PNV y lo que él representa con los sectores del nacionalismo de izquierda, y es ahí precisamente donde se encuentra uno de los nudos gordianos de la política vasca, ya que una crítica en profundidad a la trayectoria y presupuestos de ETA no puede ser más que una crítica al mismo nacionalismo, cosa que aún no está en condiciones de realizar el partido fundado por Sabino de Arana y Goiri. En un sentido más amplio es a todas las fuerzas del espectro vasco y en especial a las de

más tradición en la izquierda a las que les corresponde embarcarse en el proceso autocrítico que exige Euskadi. Proceso que no puede quedarse limitado a una simple guerra de comunicados, ni a una guerrilla de chismes de grupos, sino que debe ser capaz de descubrir en la historia y la realidad actual de los vascos, las pautas, las frustraciones y las potencialidades de todo un pueblo.

Del 8 de septiembre al 7 de octubre

Si el 8 de septiembre se produjo la primera gran derrota de la izquierda "abertzale", la manifestación del 7 de octubre, con motivo del 41 aniversario del Gobierno vasco, inclinó decisivamente la balanza del lado de las fuerzas con mayor peso electoral. El inicio de la negociación preautonómica y la consecución de la amnistía añadió varios puntos al activo de las fuerzas parlamentarias. En el frío y lluvioso Bilbao del viernes flotaba un ambiente festivo entre masivos gritos de "autonomía" y "libertad". Parecía que el rompecabezas euskaro comenzaba a ordenarse, y sólo el nubarrón del atentado contra "Punto y Hora de Euzkadi Herría" ensombrecía el panorama.

A pesar de todo, en el ambiente seguía flotando el temor indefinido al golpe brutal que podía producirse de un momento a otro. En mentideros políticos se afirmaba que el hecho de arrinconar a los partidarios de ETA en la calle podría desencadenar nuevas oleadas de violencia orientadas a imponer un protagonismo que a todas luces se deterioraba. Y la violencia llegó: cuarenta y cinco proyectiles segaron tres vidas en la ciudad que simboliza las libertades y las tradiciones democráticas vascas. Las víctimas: dos jóvenes guardias civiles de servicio y una autoridad provincial bunkeriana de pura tradición.

Los comunicados de protesta no se hicieron esperar. Minutos después de producirse el atentado de Guernica comenzaban a llover notas en las Redacciones de los periódicos y, entre los editoriales de la prensa vasca, destacaban el de "Deia", que después de señalar que "con una sospechosa coincidencia cada vez que el tema de la amnistía se perfila con más y más fuerza, se producen asesinatos", manifestaba: "La responsabilidad de estos asesinatos no sólo es de quienes aprietan los gatillos o ponen las bombas. La tibieza de algunas condenas, las eternas justificaciones, las ambigüedades de algunos líderes y movimientos han creado un entorno de simpatía hacia los diversos grupos terroristas, sosteniéndoles en sus acciones".

Sin embargo, "Egin", en una apurada nota de pocas líneas, afirmaba que "la mera condena de la violencia no nos parece suficiente aquí y ahora", y, significativamente, publicaba en primera página y con tipos pequeños: "Tras la muerte a tiros del presidente de la Diputación de Vizcaya y dos miembros de su escolta, ayer en Guernica..." destacaba con grandes titulares "intenso rastreo en todo Euskadi". ■

ETA FRENTE A EUSKADI

ETA está realizando una política criminal en el País Vasco. Lo que en un principio se revestía con los aspectos de una rebeldía de todo un pueblo frente a una situación contraria a sus nociones de identidad nacional y de autoafirmación se ha ido despojando cada vez más de toda clase de justificaciones posibles hasta quedar reducida al aspecto de una banda de delincuentes movida por la persecución de lo imposible y destinada a destruir el propio país que dicen defender. El asesinato del presidente de la Diputación de Vizcaya y de dos personas de su escolta, producido unos días después del acuerdo conjunto del Gobierno y los partidos políticos acerca de una amnistía que se considera suficientemente amplia, cuando la totalidad de las fuerzas políticas están tratando de llegar a unos puntos concretos para sacar al conjunto de España de la grave situación en que se encuentra, y mientras los representantes de una inmensa mayoría del País Vasco elaboran las condiciones de una autonomía sobre un molde que ha satisfecho a otra entidad autonómica, como Cataluña, la metralla de ETA cobrándose tres vidas más en una lista ya larga y desesperante no supone más que un desafío de lo imposible y de la desesperación contra lo posible y contra la esperanza.

Una política ya antigua de castigos y errores, de falta de apreciación de las realidades hizo posible la aparición de las bandas armadas de ETA. No se justifican hoy en una situación enteramente distinta, cuando hay en todo el Estado español una comprensión por las necesidades de Euzkadi y cuando se están dando continuas muestras de voluntad de entendimiento por parte de todos. De la misma forma, no se justificarían y serían funestas accio-

nes de represalia contra los crímenes de ETA que volviesen a castigar de nuevo al pueblo de Euzkadi.

Hay que acabar con ETA y con todas las bandas asesinas que tratan a su vez de acabar con la estabilidad de todos. Para acabar con ETA no basta la acción de las fuerzas armadas ni naturalmente las acciones individuales o privadas de los asesinos de enfrente. Es el propio pueblo vasco el que debe segregar a estos desesperados de su propio seno, el que debe denegarles y retirarles todo apoyo; sobre todo, el moral. No hay moral de ninguna clase cuando se practica el crimen. Ni siquiera la alusión a otros movimientos de ese tipo tiene sentido: el movimiento insurreccional del Ulster —que a su vez es repudiado por muchos de aquellos a los que pretende defender— tiene como base una masa fármica y explotada durante siglos. ETA está destruyendo las posibilidades de convivencia y está desgarrando la misma entraña económica de un país rico y trabajador al que nadie, ya, niega su derecho a la autonomía.

La necesidad de acabar con ETA no empaña ni tergiversa las medidas políticas que han de conducir a la autonomía del País Vasco. Responder al desafío es continuar adelante la negociación con los grupos que representan a la mayoría de ese país. Cuanto antes se normalice la situación y se responda a las aspiraciones justas y legítimas de Euzkadi, antes se habrá segado la hierba bajo los pies de los asesinos. Pedir a los vascos que sean ellos mismos quienes ayuden a erradicar este mal será enfrentarse a la noción de que la autonomía obliga a ello. Pero ningún otro medio debe ser escatimado para acabar con ETA y con todas las políticas del crimen organizado y premeditado. ■